

Un recorrido

El día de hoy, mi espacio es más que sólo mi habitación, se extiende por el pasillo, hacia las escaleras y se propaga a lo largo y ancho de la estancia, el comedor, e incluso la cocina, a veces esta soledad se disfruta. ¿Mi espacio se quedará en casa o algo de él me acompañará?

Cruzo el límite que me separa del exterior, no es importante el hecho de abandonar mi espacio. Tampoco estoy consciente de la distancia que debo recorrer para llegar a la esquina, generalmente es un trayecto autónomo, no importa si hay alguien a quien saludar o no. Extraño el pirul que musicalizaba la estrecha calle. Parece que todo sigue igual cuando en realidad todo ha cambiado. Procuro caminar por la falsa banqueta que dibuja el juego de sombras proyectado por las casas a mi derecha. Evito el sol, sin embargo prefiero que esté soleado.

Al cruzar la calle en la esquina, me percató que mis pies han aprendido a evitar las trampas de la acera, en la otra orilla, el viejo pirul me da los buenos días como siempre.

Al recorrer mis calles, escucho las frondas, la electricidad en los cables, el ladrido de los perros y algunas voces difuminadas. Percibo límites rosas, azules, verdes, blancos, verdes, grises, más verdes; de repente, olor a frutas. Zapatos, motores y más motores.

Después de algunos pasos, subidas, bajadas y cruces, llego a la transición donde lo artificial y lo natural pelean y conviven: un andador peatonal improvisado resistiéndose a la invasión de lo vegetal en ascenso. Las pendientes que curvaban el panorama a mi espalda terminan aquí. Comienza mi primer acercamiento a la ciudad.

No recuerdo cuando fue la última vez que utilicé el puente peatonal para cruzar las avenidas, tampoco recuerdo cuando comencé a tener prisa.

Llego a la estación del tren (suena más bello de lo que representa en realidad). Escucho las vías. Hoy, el ascenso no se complica. Adentro, el trayecto se vuelve imperceptible. Dos punto cinco metros de ancho por algunos más de largo, resguardan un espacio común que alberga muchos más, hoy no son demasiados.

Generalmente veo al exterior, me agrada la danza de la ciudad, adentro se percibe inmovilidad. En días como hoy, puedo protegerme contra un plano vertical a mis espaldas, así no tengo que usar mis manos para sostenerme. Puedo ver los sonidos del exterior, e imaginarlos si quiero. Adentro invade el ruido del aire, no invade, neutraliza la atmósfera. Nunca me había preguntado por qué prefiero viajar parada, tal vez sea porque mi espacio es más amplio.

Disfruto los trayectos en días como hoy, delante de mí hay simetría y vacío, me encuentro sobre la única articulación central del tren, porque irónicamente me resulta más estable. Mi espacio se delimita por un par de tubos a mis costados, nadie se sostiene de ellos. De pronto, una danza de sombras en el piso azul. Quietud y movimiento en cada estación; aquí se viaja a otra escala, haciéndose más evidentes las vías y la topografía.

Comienza mi transborde; percibo espacios, alturas y circulaciones intrincadas. Escalones, desniveles y vacíos intermitentes. Límites confusos que encierran un espacio de todos y de nadie: libre. La temporalidad es perceptible, no sólo por el exterior que alcanza a filtrarse, también por los gritos de los comerciantes en los corredores y la afluencia de personas.

Salidas, entradas, salidas que funcionan como entradas y viceversa; letreros de *no pase*, locales de productos naturistas y señalamientos que pocos leen. Ese caminar autómatas es evidencia de cotidianidad.

Al pasar el umbral que resguarda el mayor símbolo de equidad, pues no distingue clases sociales, géneros, creencias, edades, religiones ni gustos (todos cruzan por el mismo costo), un mural, que parece representar eso mismo, me recibe. Se puede distinguir una diversidad de figuras humanas apresuradas plasmadas en mosaicos estáticos. Tal vez la gente no sabe que es un espejo, por eso le ignoran.

Al recorrer la circulación obligada, un andén solitario me espera. El amable transporte multi-articulado parece aguardar por mí y me invita a iniciar mi trayecto. ¿Qué percibo de adentro hacia afuera? Aquí no me intimidan los autos y su velocidad. Percibo el día soleado y la ciudad que conozco, que me resulta familiar y extraña a la vez. A veces puede filtrarse el exterior con su sonoridad. Percibo que recorro una gran distancia, pero nadie parece estar consciente de ello.

¿Qué percibo dentro, adentro? Mi trayecto se torna estático. Ahora mi espacio personal se redujo a unos cincuenta por setenta centímetros, sin embargo, en días como hoy no es molesto. Sólo doce personas o menos entre cada par de puertas; todos parecen estar solos, a excepción de los que viajan acompañados.

Amablemente los imatopos me orientan cuando olvido donde bajar. Si se pudiera deteriorar con la vista, seguramente el esquema de las estaciones sería el objeto más gastado, incluso más que las ventanas.

Casi imperceptiblemente paso del suelo al subsuelo. Se ha podido dejar de percibir si es de día o no. Incluso se respira distinto. Es como si me encontrara en otro lugar. El desfile de productos, cantantes y demandantes de caridad, comienza. Olvido la ciudad debajo de la cual me encuentro, esa que ha dejado de moverse hacia atrás hace algunas estaciones.

Al descender de mi largo amigo el exterior se oculta. Las presencias diversas se unifican, los pasos marchan hacia el mismo lado, hacia el lado contrario o permanecen. Lo único imponente es la sonoridad del largo protagonista, ¿se puede decir que “el metro” es un generador de lugar? No imagino una estación sin él, tal vez sólo en una fotografía o en un corto lapso de una película. Aquí en el andén, no importa quién viaje dentro, quien descienda o quién aborde, el metro siempre es “el mismo”. Ni siquiera las lápidas mayas, las figuras toltecas o los murales de Bonampak que se exhiben, que guardan un trasfondo cultural enraizado en nuestro pasado, pueden quitarle su protagonismo.

Al ascender y resurgir a la realidad me percato que nuevamente es de día. Si este lugar estuviera inhabitado sería imposible imaginar que del suelo pudiese salir esa cantidad de presencias, proveniente de impensables direcciones, dirigiéndose a incontables destinos, habitando y habiendo compartido por un instante el mismo espacio.

El metro subterráneo es como un pasaje hacia otras dimensiones, muchas veces el trayecto es imperceptible o fácilmente olvidable. Lo que importa es resurgir, haberme transportado de ese sur de la ciudad rezagado, lejano, hasta este Centro, lugar detonado por muchos lugares.

De pronto me encuentro sentada sobre las ideas de Yázpik, compartiendo mi espacio con dos desconocidos. El aire se llena de música de orquesta al compás de la genialidad de José Alfredo Jiménez. El Palacio de Bellas Artes se convierte en escenario; al fondo, la Torre Latinoamericana; a mi espalda, la vejación de la Alameda Central; a un costado, algo de

Legorreta; detrás, imperceptible, un representativo arco en el Barrio Chino. Nuevamente me encuentro en un espacio de todos y de nadie, libre; sin embargo en esta ocasión no pasa desapercibido.

Hoy, en mi trayecto de ida, no me acompañó un libro, sólo una libreta y una pluma para plasmar la percepción de mi cotidianidad.

Ciudad de México, septiembre 2016

Viviana Catalina Benítez Jiménez

Arquitecta por la Universidad Nacional Autónoma de México en 2015, estudiante de Maestría en Arquitectura en el Programa de Maestría y Doctorado de Arquitectura de la

UNAM

vicabeji@gmail.com